

En la cima del mundo

NORMAN MAILER

En la cima del mundo

Prólogo de Andrés Barba

Traducción de Juan Sebastián Cárdenas



451.http.doc

ISBN 978-84-96822-67-2

PRIMERA EDICIÓN EN 451 EDITORES
2009

TÍTULO ORIGINAL
King of the hill

© DEL TEXTO: Norman Mailer, 1971
© DEL PRÓLOGO: Andrés Barba, 2009
© DE LA TRADUCCIÓN: Juan Sebastián
Cárdenas, 2009
© DE LAS IMÁGENES: Aisa, Cover
© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2009

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de Imagen y Diseño GELV

DISEÑO DE COLECCIÓN
holamurray.com

MAQUETACIÓN
Departamento de Producción GELV

IMPRESIÓN



Talleres Gráficos GELV
(50012 Zaragoza)
Certificado ISO

DEPÓSITO LEGAL: Z.
IMPRESO EN ESPAÑA

Todos los derechos reservados. Esta
publicación no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la
editorial.

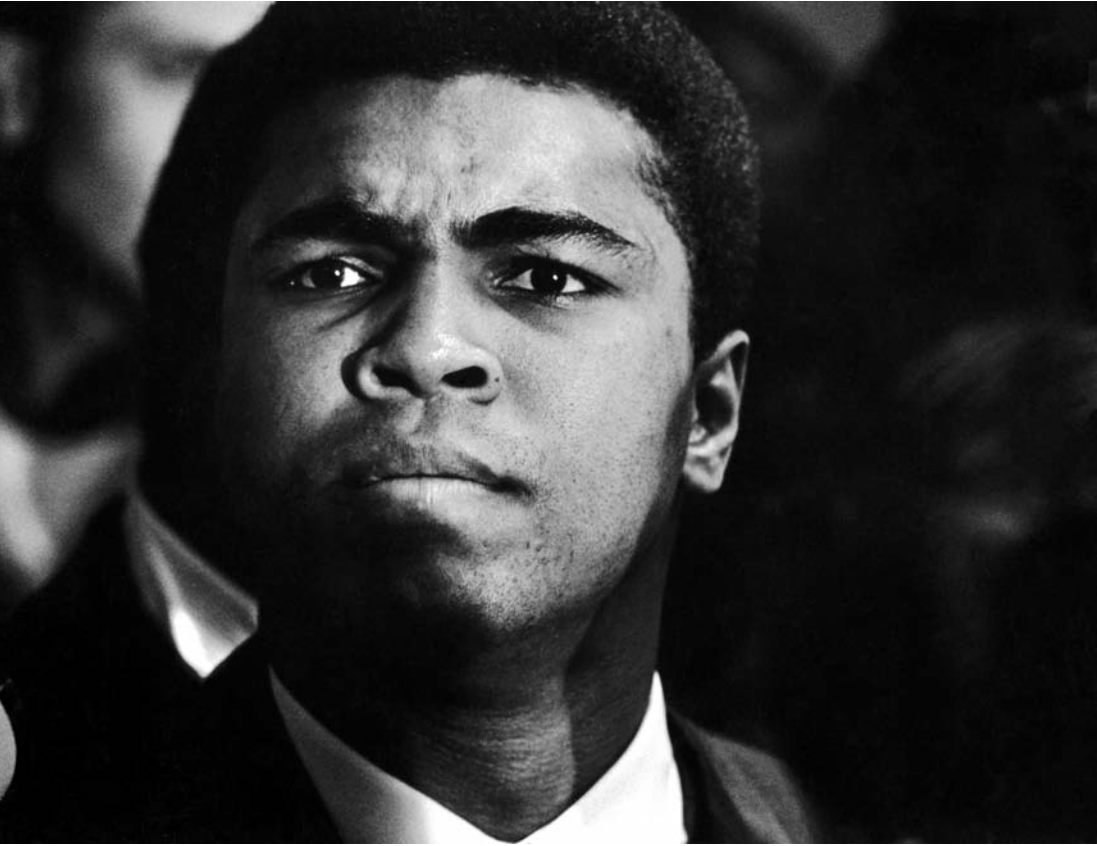
ÍNDICE

Prólogo. Rey has sido, rey desde siempre, <i>Andrés Barba</i>	9
En la cima del mundo	47

PRÓLOGO

REY HAS SIDO, REY DESDE SIEMPRE

Andrés Barba



*... es verdad que hay algo en ti que nunca
ha podido someterse, una cólera, un deseo,
una tristeza, una impaciencia, un desprecio,
en suma, una violencia... y mira, tus venas
llevan oro, no barro; orgullo, no servidumbre.
Rey has sido, Rey desde siempre...*

Aimé CÉSAIRE,
Las armas milagrosas

JEAN-PAUL SARTRE, EN UN ARTÍCULO PUBLICADO A finales de los años cincuenta sobre la cuestión negra, abre su discurso con un larguísimo párrafo que parece —trasponiendo los términos— una sucesión de *jabs*, ganchos y directos de derecha a la conciencia blanca, que comenzaba ya a despertar: «¿Pero qué esperabais oír cuando se le quitara la mordaza a esas bocas negras? ¿De verdad creíais que iban a entonar vuestra alabanza? ¿Que leeríais la adoración en esos ojos cuando esas cabezas se levantaran, esas mismas cabezas que vuestros padres, por la fuerza, habían humillado hasta la tierra? He aquí unos hombres negros, de pie ante nosotros, que nos miran; os invito a sentir, como yo, la sensación de ser mirados. Porque el blanco ha gozado durante tres mil años del privilegio de ver sin ser visto; era mirada pura; la luz de sus ojos sacaba cada cosa de la sombra natal. La blancura

de su piel era también una mirada, luz condensada. El hombre blanco, blanco porque era hombre, blanco como el día, blanco como la verdad, blanco como la virtud, iluminaba la creación como una antorcha. Develaba la esencia secreta, y blanca, de los seres. Hoy esos hombres negros nos miran y nuestra mirada se reabsorbe en nuestros ojos; unas antorchas negras, a su vez, iluminan el mundo, y nuestros semblantes pálidos ya no son más que unos pobres farolitos sacudidos por el viento, y nuestra blancura nos parece un extraño barniz lívido que impide a nuestra piel respirar: una malla blanca, gastada en los codos y en las rodillas bajo la cual, si pudiéramos quitárnosla, brillaría la verdadera carne humana, la carne color de vino negro». Y era cierto, la negritud misma había adquirido, o adquiriría entonces un verdadero poder militar, el poder de un auténtico ejército de la conciencia. No era posible ya la escapatoria, ni el malabarismo. «Tal vez un judío blanco podía negar su condición de judío para así declararse un hombre entre los hombres, pero el negro no podía negar su negritud, ni reclamar para sí una especie de abstracta humanidad incolora». Estaba, como los contrincantes de Ali, contra las cuerdas, acorralado en la autenticidad de su piel. Y es que al negro se le

había insultado, humillado, lo que no se esperaba en absoluto es que de pronto esa figura se irguiera y recogiera la misma palabra, «negro», que se le había lanzado como una piedra, y se reivindicara como negro frente al blanco, pero ahora en el orgullo.

Tal vez uno de los episodios que más conforma el carácter de Ali fue precisamente su amistad con Malcolm X. Se conocieron en Detroit, en 1962. Cassius y su hermano Rudy se habían desplazado a aquella ciudad para asistir a una reunión de la mezquita local. Antes de que comenzara el acto, los Clay se tropezaron con Malcolm en el comedor de estudiantes que había al lado. Clay le tendió inmediatamente la mano:

—Soy Cassius Clay —dijo.

Alguien susurró a Malcolm que aquel muchacho era uno de los aspirantes al título de los pesos pesados. Ferdie Pacheco, uno de los asistentes de Ali, lo describe como una reverberante fascinación mutua: «Malcolm X y Ali eran como hermanos. Era casi como un enamoramiento. Malcolm pensaba que Ali era el chico más estupendo que había conocido nunca, y Ali consideraba que Malcolm era el negro más inteligente de la faz de la tierra. Malcolm X era increíblemente brillante, convin-

cente, carismático, al modo en que suelen serlo los grandes líderes y los mártires. Todo ello dejó una impronta definitiva en Ali». Y sin embargo había algo que Ali no entendía y sobre lo que Malcolm parecía pronunciarse con insistencia: la demonización de los blancos. Los Musulmanes Negros, a los que se había adscrito ya desatando una tremenda impopularidad inicial, en cierto modo satisfacían una necesidad profunda del joven Ali, pero al tiempo no se veía capaz de adherirse a la totalidad de sus postulados, ni a entablar una lucha abierta. El mismo Ali estaba rodeado de blancos; Morthy Rothstein, Pacheco y hasta el grupo blanco de Louisville que había creado un fondo monetario para que dispusiese de él cuando le hiciera falta. A sus ojos no había ningún demonio blanco. Malcolm X, por su parte, fue capaz incluso de pronunciarse en contra de Kennedy tras su asesinato, provocando una auténtica conmoción nacional, y hasta en el interior de la asociación de los Musulmanes Negros, por la que fue vetado temporalmente.

El revolucionario Malcolm era negación pura: para construir su verdad era preciso, en primer término, destruir la de los otros. Ali, sin embargo, con toda su aparente ingenuidad en ciertos episodios

vitales, se levanta como un gigante precisamente porque en ese viaje hacia la conciencia negra ha dado un definitivo quiebro, un absoluto «puñetazo fantasma» como aquel con el que derribó a Liston en su lucha por el título mundial de campeón de los pesos pesados en 1964: la raza se ha mudado en historicidad. Sartre de nuevo: «El presente negro estalla y se temporaliza, se inserta con su pasado y su futuro en la historia. Puesto que el negro ha sufrido la explotación, y más que el resto, ha adquirido más que el resto el sentido de la revuelta y el amor a la libertad. Y como ha sido el más oprimido, lo que persigue precisamente es la liberación de todos, al tiempo que trabaja en su propia liberación».

17

En los días en que se escribe este pequeño prólogo al texto de Mailer hemos asistido a una de las victorias más esperanzadoras de este nuevo siglo: la elección del primer presidente negro de Estados Unidos, Barak Obama. Y resulta interesante, aun por un segundo, detenerse a estudiar esa evolución. La negritud parece ser el tiempo débil de una progresión dialéctica: la afirmación teórica y práctica de la supremacía del blanco es tesis, la posición de la negritud como valor antitético es el momento de la negación; pero este momento

negativo no tiene suficiencia en sí mismo y los negros que se sirvieron de él en su momento, como Malcolm X, lo sabían muy bien. Sabían que todo tiende a preparar la síntesis de lo humano en una sociedad sin razas. La negritud (Obama es su demostración palpable) existe para destruirse, es pasaje y no llegada, medio y no fin último.

18 No ingenuamente Mailer abre su texto hablando del ego y de su enorme influencia en la historia del siglo XX. Tanto Malcolm X como Ali comprendían a la perfección que estaban en un momento verdaderamente revolucionario, y el negro que reivindica su negritud en un momento revolucionario se sitúa desde ya en el territorio de la Reflexión. Reaparece así la subjetividad —el ego para Mailer—, la relación de su yo consigo mismo. También Sartre retoma la idea de Bertrand Wolfe para explicar que el negro que llama a sus hermanos de color a tomar conciencia de sí (y ese y no otro es el mensaje verdaderamente insistente tanto de Malcolm X como de Ali, aun cuando sus posturas no coincidan por completo) tratará a la vez de presentarles la imagen ejemplar de su propia negritud, y se volverá hacia su alma para tomarla de allí. Se erige como faro y espejo a la vez; el primer revolucionario será el anunciador del alma

negra, el heraldo que arrancará de sí la negritud para tenderla al mundo, profeta a medias y a medias guerrillero.

«Para nuestra mentalidad americana es intolerable que esta figura, probablemente la más importante después del presidente, nos resulte sencillamente incomprensible, pues no sabemos si estamos ante un demonio o ante un santo», comenta Mailer en el inicio del texto que prologamos aquí; y dos días antes del combate contra Liston, en el que Ali se convierte por primera vez en campeón de los pesos pesados, se definirá a sí mismo de la siguiente manera: «Soy joven, soy guapo, soy rápido, soy elegante y probablemente no pueda ser golpeado. He cortado árboles, he luchado contra un cocodrilo, me he peleado contra una ballena, he encerrado rayos y truenos en prisión, incluso la semana pasada asesiné a una roca», un discurso que está lejos de ser la simple fanfarronada de un boxeador antes de entrar en el *ring*, y que delata más bien la conciencia propia que Ali comenzaba a tener de sí mismo, una conciencia profética, una gran voz, como una enorme columna de aire. No por casualidad cuando Clay subió al *ring* de Miami Beach para enfrentarse a Liston lo hizo luciendo un batín de color blanco en el que se leía el

rótulo «The Lip» ('el insolente', 'el bocazas') cosido a la espalda.

20 El primer feo que el Ali revolucionario hace a su país natal, el más cristiano de todos los países (cuando Europa había dejado de ser cristiana hacía más de cien años), es precisamente su conversión al Islam. Ya antes de que en 1960 viajara a Roma en busca de su medalla en los Juegos Olímpicos se había quedado fascinado con una secta llamada la Nación del Islam, pero más conocida con el nombre de los Musulmanes Negros. Ya en la primavera antes de partir hacia los Juegos Olímpicos, Cassius leía el periódico oficial de la Nación, el *Muhammad Speaks*. «Lo más concreto que encontré en las iglesias —comentaría años más tarde— fue la segregación. Ahora, en cambio, había aprendido a aceptarme a mí mismo, a ser yo. Ahora sé que somos el hombre original, que somos el pueblo más grande del planeta Tierra y que nuestras mujeres son sus reinas». Una transformación que culminó con su adhesión a la Nación del Islam, y su conversión. Necesitaba pues un nuevo nombre que borrara de sí todo lo que de blanco (que no era poco) había en su sangre: «Cassius Marcellus Clay se llamaba un hombre blanco que era dueño de mi bisabuelo, y a mi bisabuelo le pusieron así por él,

y luego a mi abuelo, y luego a mi padre, y luego a mí. Creo en Alá y creo en la paz. No pretendo vivir en un barrio blanco. No quiero casarme con una blanca. Me bautizaron cuando tenía doce años, pero no sabía lo que hacía. Ahora ya no soy cristiano. Sé adónde voy y conozco la verdad, y no tengo por qué ser lo que vosotros queráis. Soy libre de ser lo que quiera». La conversión de Ali en cierta medida era una conversión global, no solo anticristiana, sino también antiamericana (y ello, evidentemente, a pesar de que, como cientos de actitudes lo prueban, siguiera siendo en realidad profundamente cristiano y profundamente americano). La lengua, ya antes desatada del joven Clay, se desata aún más: «No consideran que los púgiles puedan tener cabeza. No consideran que puedan ser hombres de negocios, ni seres humanos, ni inteligentes. Los boxeadores no son más que brutos que vienen a entretener a los blancos ricos. Pegarse entre ellos y romperse la nariz, y sangrar, y actuar como monitos para el público, y matarse por el público. Y la mitad del público son blancos. En lo alto del *ring* no somos más que esclavos. Los amos escogen a dos esclavos grandes y fuertes y los ponen a pelear mientras ellos apuestan a que su esclavo machacará al del otro. Y eso

es lo que veo cuando veo a dos negros peleando». Puede que alguien hubiese dicho antes palabras parecidas a aquellas, pero desde luego no era el campeón del mundo de los pesos pesados.

22 A la absurda agitación utilitaria del blanco, el negro Ali opone la autenticidad que ha recogido de un sufrimiento histórico: como ha tenido el horrible privilegio de tocar el fondo del abismo, la raza negra es una raza elegida. Hace de su negritud una pasión, si no anticristiana, por lo menos a-cristiana: el negro consciente de sí se representa a sus propios ojos como el hombre que asumió todo el dolor humano y que sufre por todos.

Es cierto que Ali se radicaliza tras el asesinato de Malcolm X en febrero de 1965, y más aún cuando se trata de relaciones interraciales. Es furibundo, por ejemplo, en su entrevista a la revista *Playboy*:

ALI: A nuestras mujeres no las toca nadie. Pon un solo dedo sobre una hermana musulmana: te costará la vida.

PLAYBOY: Está usted empezando a parecer la copia exacta de un racista blanco. Vamos a dejarlo claro: ¿considera usted que el linchamiento sería una respuesta adecuada al sexo entre personas de distinta raza?

ALI: Todo negro que se meta en líos con una mujer blanca debe ser muerto. Eso es lo que siempre han hecho los blancos. Linchaban a los negros por el mero hecho de

mirar a una mujer blanca: lo calificaban de mirada lasciva e iban a buscar la sogá. Los toquecitos, las palmas, el engaño, cualquier tipo de abuso, faltarles el respeto a nuestras mujeres... Todas esas cosas deberían pagarse con la vida.

PLAYBOY: Y ¿qué ocurre si una mujer musulmana quiere salir con un negro no musulmán o incluso con un blanco?

ALI: Entonces es ella la que muere. La matamos a ella también.

Resulta comprensible que la popularidad del joven Ali decreciera hasta el subsuelo cuando se despachaba con semejantes perlas, y más aún cuando el país al completo estaba bajo los efectos de acontecimientos tan recientes como la legalización del porno. Ali hablaba de linchamientos, pero la gente estaba acudiendo en masa a ver la polémica *Garganta Profunda* de Gerard Damiano en cientos de salas de varios estados. El discurso de la liberalización sexual había traspasado con mucho sus estrictas fronteras lúbricas y se había convertido en un auténtico debate político. Celebrities como Dennis Hopper, Warren Beatty y hasta la misma viuda de América, Jacqueline Kennedy, se habían hecho fotografiar acudiendo a verla.

Pero si no se dejaba amar del todo por su América, tampoco se dejaba odiar del todo, y su discurso cada vez resultaba más influyente. Ali tiene

en todo momento la actitud de un chico divertido, de un *showman*. Él mismo parece entenderlo, con esa inquietante ambigüedad que tienen las personas que a ratos se hacen las estúpidas (o que verdaderamente lo son: «He dicho que era el más grande, no que fuera el más listo», llegó a comentar), él mismo sabe que es en realidad un producto cien por cien americano. Tiene un humor rápido, intuitivo, cínico; en muchas ocasiones, cuando desplegaba aquellos desmesurados elogios de su fuerza o de sí mismo, uno tiene la sensación de ver al final una especie de sonrisa sardónica, como la de un niño que sabe que está siendo gracioso; a ratos parece imbuido en una solemnidad pesada y sentenciosa como si estuviese recitando de memoria versos de Whitman, un orgullo y un ego que solo podían nacer de América, un sentido del humor desbordante, y en realidad todo se le perdona porque hasta su manera de despreciar América es profundamente americana. A ratos produce el efecto de esas personas que existen en ciertos grupos y familias que pueden descolgarse en el momento más inapropiado con un comentario sórdido, o cínico, o brutal, no importa; lo que en otro sería intolerable en él es celebrado, lo que en otro ofendería, en él hace reír.

No todo es solemnidad, y hasta el propio Ali es capaz de entender que un mundo tomado permanentemente en serio sería intolerable, de modo que a veces decide divertirse haciendo de Ali, como si se parodiara a sí mismo en una versión totalmente estrambótica, poniendo posturitas, exagerándolo todo. Luego, de inmediato, se vuelve solemne otra vez, de nuevo sonrío. ¿Qué esperar de él? Si roza el *clown* lo hace en el sentido más estricto y radical de la palabra, porque solo al *clown* le es permitido decir ciertas cosas, solo el *clown* puede enseñarle el culo al rey y conseguir que ese gesto sea un gesto serio, una transgresión real, y, al mismo tiempo, un gesto entretenido. Quien conozca mínimamente la cultura estadounidense entenderá enseguida el sentido casi sacral que en esa cultura tiene la palabra *entertainment*. Ali no solo quiere su revolución, sino también su espectáculo. O más aún, son los dos movimientos coincidentes en el tiempo, revolución y espectáculo, tan ansiado el uno como el otro, tan inseparables que no podría concebirse que se dieran por separado. Uno a veces tiene la tentación de pensar que ciertos desbarres dialécticos de Ali (como el de la entrevista a la revista *Playboy* que hemos reproducido arriba) se producen no tanto porque el propio Ali

creyera firmemente lo que decía (no faltan los episodios de su vida en los que se desvela como una persona conciliadora, afable, y enemiga de la violencia gratuita), sino porque se deseaba de él el espectáculo —y aquí la palabra es particularmente apropiada—, se deseaba que alguien, y él era el más apropiado para ello, dijera exactamente esas palabras. No era el linchamiento real, que con seguridad el propio Ali habría impedido, sino la conmoción de esas palabras, su espectáculo.

Hay también otro aspecto que hace a Ali profundamente americano, y que explica en parte su gran influencia, y ese aspecto es su belleza, su juventud, su incontestable fuerza física. Ali no era, desde luego, el más fuerte de todos los boxeadores, ni siquiera el más grande, si nos referimos a su tamaño físico. En los días previos al combate de Kinshasa de 1974 en el que revalida su título de campeón mundial de los pesos pesados, el propio Mailer comenta en su libro *El combate* que Ali evitaba mirar el saco en el que se había entrenado George Foreman y en el que a diario dejaba un hueco «del tamaño de una sandía». Evitaba mirarlo porque aquel hueco era el termómetro, la confirmación de que Foreman era más fuerte. ¿Por qué si Foreman era incontestablemente más fuer-

te que Ali, sin embargo no lo parecía en absoluto? ¿Qué hacía a Ali ser verdaderamente el más grande? Mucho se ha comentado acerca del nuevo modelo de boxeador que instaaura Ali: el del boxeador psicológico que hace toda una tarea previa al combate de desmoralización del contrario. En parte Ali sabe que un contrincante desmoralizado es un contrincante inseguro, pero no se trata solo de eso, y tampoco desarrollaremos aquí —ya que el propio Mailer lo hace con especial maestría en su texto— una descripción de sus técnicas pugilísticas, se trata más bien de otra cosa: en cierto modo Ali es perfectamente consciente de que es la encarnación de una fuerza, de que ha sido elegido; tan pronto es capaz de bromear y fanfarronear como de levantarse, con toda la majestuosidad de aquel viejo Walt Whitman; Ali sabe que es un gigante porque está sobre los hombros de un gigante: el gigante del dolor, de la humillación y de los atropellos que durante siglos ha sufrido la raza negra. Habla Whitman:

27

*Sé que soy inmortal,
Sé que mi órbita no puede ser medida por el compás
de un carpintero,
Sé que no me desvaneceré como la espiral de fuego que
traza un niño en la noche con un tizón encendido.*

Sé que soy majestuoso.

Sé que las leyes elementales no merecen justificación.

Yo no lloriqueo con los que lloriquean en todo el mundo,

*Porque los meses son vacíos y porque la tierra es cieno
y porquería.*

Yo existo como soy, y eso basta.

Brotan de mí voces largo tiempo acalladas,

*Voces de interminables generaciones de prisioneros
y esclavos,*

28 *Voces de los enfermos, los desesperados, de los ladrones,
de los enanos,*

Voces de ciclos de preparación y crecimiento,

De los hilos que unen a los astros, de los úteros

y de la simiente paterna,

Y de los derechos de aquellos a quienes otros pisotean,

De los seres deformes, vulgares, simples, locos, despreciados,

*Niebla en el aire, escarabajos que arrastran su bola
de estiércol.*

Yo no me cubro la boca con la mano.

Compárese ese maravilloso texto de Whitman en *Hojas de Hierba* con las palabras de Ali en una rueda de prensa en 1971, antes del combate contra Frazier, un Ali especialmente emocionado y que balbucea, como quien está siendo poseído: «Voy a luchar por el prestigio, no por mí, sino para levantar a mis hermanos pequeños que están durmiendo hoy en el suelo de América, la gente negra que vive de la

beneficencia, que no puede comer, que no se conocen a sí mismos, que no tienen futuro. Quiero ganar el título y pasear por los callejones con los borrachos, con los drogadictos, con las prostitutas. Podría ayudar a la gente, podría ayudar a mi gente de Louisville, Kentucky, Indianápolis, Indiana, Cincinnati, Ohio, Tennessee, Florida, Mississippi, y enseñar a los negros caídos que no saben que esta es su tierra. Yo me parezco a mis hermanos de Alabama, de Georgia. Ellos no sabían que yo estaba aquí. Dios me ha bendecido para que consiga eso para toda esa gente». Escuchando estas palabras, uno podría pensar que Ali iba a enfrentarse a un boxeador blanco.

29

Ahora que se va a enfrentar a Frazier, el propio Ali sabe que algo ha cambiado por completo, algo que no había ocurrido cuando en 1964 consiguió por primera vez el título mundial contra Liston. Para entender cabalmente el texto de Mailer hay que retrotraerse unos años atrás, a una entrevista un tanto accidental realizada por un periodista llamado Lipsyte para el *Philadelphia Inquirer*. En el momento en el que Ali es llamado a cumplimiento de servicio militar, en 1967, acababa de comenzar la guerra de Vietnam. Por aquel entonces Ali estaba acostumbrado a que le hicieran preguntas sobre

su posición ante la discriminación racial, pero las que comenzaban a venírsele encima eran de una naturaleza muy distinta. Lipsyte recuerda haber preguntado a Ali qué opinaba sobre la guerra y el Vietcong, y que durante unos segundos el gigante negro se mantuvo en silencio, tambaleándose. «Luego, de pronto, dio en la clave», recuerda Lipsyte: —A mí —contestó— el Vietcong ese no me ha hecho nada.

30

En aquel momento Ali no habría sido capaz ni siquiera de señalar con el dedo sobre un mapa en qué lugar se encontraba Vietnam, pero —tal vez sin conocer el alcance completo de sus palabras— acababa de hacer una auténtica declaración de intenciones. La prensa, y no solo la nacional, se abalanzó literalmente sobre él. De la noche a la mañana se convirtió en el antipatriota por excelencia para unos y en el héroe para otros. Spike Lee, el conocido director de cine y entonces un muchacho, lo recuerda con especial emoción: «Cuando no quiso ir [a Vietnam] sentí algo más grande que el orgullo; tuve la sensación de que mi honor de muchacho negro —de ser humano— quedaba a salvo. Ali era a fin de cuentas el gran caballero, el matador de dragones, y yo, un mero muchacho de ciudad, me sentía su aprendiz en el

camino hacia la gran imaginación y las grandes osadías. El día en el que Ali se negó a incorporarse a filas lloré en mi habitación por mi futuro y por el suyo, por todas nuestras perspectivas como negros». La polémica estaba servida. No le faltaron tampoco adhesiones ilustres, el mismo Bertrand Russell le escribió una carta entusiasta: «En los meses venideros los gobernantes de Washington van a tratar de perjudicarlo a usted por todos los medios a su alcance, pero usted sabe, estoy seguro, que ha hablado en nombre de su pueblo y en el de todos los oprimidos del mundo que desafían valerosamente al poder norteamericano. Tratarán de hundirlo porque usted es el símbolo de una fuerza que no pueden aniquilar, es decir: la conciencia, ya despierta, de un pueblo entero resuelto a no seguir siendo diezmado por el miedo y la opresión. Puede usted contar con todo mi apoyo». Ali recibió aquella carta de Bertrand Russell el mismo día en que le retiraron su pasaporte.

31

En Fort Polk, Lousiana, Ali acudió a la cita de reclutamiento junto a otros veinticuatro reclutas potenciales, pero no contestó cuando el joven teniente Steven Dunkley pronunció en voz alta el nombre «Cassius Clay»:

—¡Cassius Clay, ejército!

El grito se repitió por tres veces, hasta que el teniente le aisló en una habitación.

—¿Es usted consciente de que la negativa a incorporarse a filas acarrea una pena de cárcel de cinco años y una sanción económica?

—Sí, soy consciente.

32 Y Ali recordará muchos años después que a la salida del centro de reclutamiento una mujer se abalanzó sobre él: «¡De cabeza a la cárcel! ¡Ponte de rodillas y pídele perdón a Dios! ¡Mi hijo está en Vietnam y no tiene nada que envidiarte! ¡Ojalá te pudras en la cárcel!». Era, en definitiva el grito de buena parte de la opinión pública americana. Se le condenó entonces a la pena máxima: cinco años de prisión y diez mil dólares de multa. «Tomé la decisión —aseguró luego a la revista *Black Scholar*— de ser un negro de los que no se dejan atrapar por los blancos. Un negro menos en tu lista, hombre blanco, ¿comprendes? Un negro al que no vas a atrapar».

Césaire, el gran poeta negro francés, publica también entonces en *Le Monde* un poema dedicado a Ali:

*Negro pregonero de la revuelta,
Conoces los caminos del mundo*

*Desde que fuiste vendido en Guinea...
Cinco siglos os vieron las armas en la mano
Y habéis enseñado a las razas explotadoras
La pasión de la libertad.*

Como nos recuerda Sartre, «hay ya una auténtica Gesta Negra; primero la edad de oro de África, luego la era de la dispersión y de la cautividad, más tarde el despertar de la conciencia, el tiempo heroico y sombrío de las grandes revueltas, de Toussaint Louverture y los héroes negros, después la abolición de la esclavitud y ahora, por fin, la lucha por la liberación definitiva», a la que pertenecen, cada uno en su frente, Martin Luther King, Malcolm X y Muhammad Ali por derecho propio.

33

*Aguardáis la próxima llamada
La inevitable movilización
Porque vuestra guerra solo ha tenido treguas
Porque no hay tierra que tu sangre no haya empapado
Lengua en que tu color no fuera insultado.
Sonreís, Black Boy,
Cantáis,
Danzáis,
Arrulláis a la generaciones
Que ascienden a toda hora
En las fuentes del trabajo y de la pena
Que se lanzarán mañana al asalto de las bastillas*

*Hacia los bastiones del porvenir
Para escribir en todas las lenguas
En las páginas claras de todos los cielos
La declaración de tus derechos desconocidos
Desde hace más de cinco siglos.*

34

Si antes Ali había hecho del dolor histórico de la raza negra su propio dolor, ahora es sin duda su propia carga la que le enfrenta definitivamente a su condición, de negro, sí, pero sobre todo de líder. Resiste incluso la última tentación: la oferta secreta que le hace el gobierno de dejarse fotografiar con el uniforme y cubrir su servicio con un par de combates de exhibición para las tropas en Vietnam (oferta, por otra parte, nunca reconocida oficialmente por el gobierno). Al mismo tiempo que comienza su apelación al resultado del juicio, Ali inicia una verdadera carrera política. El título de campeón mundial de los pesos pesados le ha sido retirado, así como la licencia para boxear en todo el territorio nacional, los únicos intentos de boxear fuera de Estados Unidos también resultan infructuosos: se le prohíbe abandonar el país. Va de universidad en universidad dando conferencias antibelicistas. Con veinticinco años y en plena cumbre de su carrera deportiva y de su fuerza físi-

ca, Ali es inhabilitado para boxear durante tres años y medio. Es acaso esa desnudez última del hombre Ali la que arranca más claramente los oropelos un tanto frívolos de otras veces para darle el verdadero oropel de un auténtico líder. Es esa desnudez, y ese aparente fracaso, lo que mejor simboliza su negritud. Una negritud que ya no es un estado, sino una superación de sí mismo. En el momento en el que acepta perder, ha ganado.

35

La propia guerra de Vietnam ayuda a Ali. Esa guerra que Estados Unidos creía poder resolver con rapidez y eficacia se convierte finalmente en una guerra que parece no acabar nunca, una infernal guerra de desgaste que poco a poco va haciéndose cada vez más impopular y que mina también el tan comentado espíritu patriótico americano. «A mí ningún vietnamita me ha llamado negro», se harta de repetir Ali en sus conferencias universitarias, pero ahora cada vez con más adeptos.

En 1970 a Ali se le permitió boxear de nuevo. Un senador del estado le consiguió por fin una licencia que le permitía pelear en Georgia (el único estado del país que no tenía una comisión de boxeo) y pudo estrenarse frente a Jerry Quarry. La corte del estado de Nueva York fue la siguiente en levantar el veto alegando que a Ali se le había reti-

rado injustificadamente su licencia, y tras catorce asaltos mandó a la lona del Madison Square Garden a Bonavena, en diciembre de aquel mismo año.

36 Todo estaba ya preparado para que Ali reclamara nuevamente su título de campeón de los pesos pesados. El rival, Joe Frazier, no podía estar más a la altura, ninguno de los dos púgiles había perdido ni un solo combate en toda su trayectoria profesional. El 8 de marzo de 1971 fue la fecha acordada para el encuentro en el Madison Square Garden de Nueva York, un encuentro que desde varios meses antes ya tenía nombre: *The fight of the century*, 'El combate del siglo'. «Hasta la última de las pedantes almas liberales que antes habían amado a Patterson ahora rendían tributo a Ali. Las mentes negras más asombrosas y las más exquisitas de entre las blancas estaban dispuestas a aclamarlo. Y lo mismo ocurría con todos aquellos americanos trabajadores y amantes de la familia que sentían un odio genuino hacia la guerra de Vietnam. Qué enredo de enseñas portaba en la punta de su lanza... Qué cara de felicidad tenía cuando explicó en la televisión cuál sería el orden del día durante el combate, y su inevitable victoria. Parecía tan contento como un bebé que chapotea en el agua de una bañera».

Dejemos aquí las espadas en alto para darle a Mailer la voz emocionante del momento descrito en todo el calor de su contemporaneidad. El otro combate —el combate legal que enfrentaba a Ali al gobierno federal de Estados Unidos— se resolvió poco tiempo después, en junio de 1971. El jurado de la Corte Suprema, por una votación de ocho a cero, desestimó la acusación a Ali, y afirmó que había sido injustificadamente vetado. Por primera vez se reconocía oficialmente su derecho como objetor de conciencia.

37

Aún hoy sigue siendo difícil dilucidar ciertos aspectos de la vida de Ali. El relumbrón del icono deja en penumbra otras zonas más ambiguas, menos claras, pero también más interesantes. La misma raíz de su fijación por el boxeo se ha contado tantas veces de manera tan ñoña que ha terminado por parecer una anécdota hagiográfica: siendo niño le robaron la bicicleta y decidió comenzar a boxear para que, si se daba el caso de que encontrara al que lo había hecho, pudiera darle una buena paliza. La anécdota del justiciero del antifaz tal vez funcionaría como estímulo en alguna absurda película hollywoodiense; no, desde lue-

go, en la vida real. El novelista estadounidense George Garrett, que durante cuatro años se dedicó profesionalmente al boxeo, hace una interesante anotación a ese respecto: «En todos aquellos años aprendí algo acerca de la hermandad de los boxeadores. La gente se dedicaba a aquella actividad brutal y a menudo autodestructiva por una amplia variedad de razones, casi todas amargamente antisociales y rayanas en lo psicótico. La mayoría de los boxeadores a los que acabé conociendo eran personas heridas que sentían una urgencia profunda y poderosa de herir a otras a riesgo de herirse a sí mismas. Al principio lo que sucedía era que en casi todos los casos se exigía tanta disciplina y destreza, tantas otras cosas en las que concentrarse aparte de las motivaciones originales, que estas terminaban por tornarse borrosas y vagas, a menudo olvidadas, perdidas por completo». Ali, en ese sentido, vuelve a ser un *outsider*. No bebe, lleva una vida sana, es guapo, está obsesionado con la salud, es de una pureza y de una integridad ideológicas casi intolerables, más aún en un mundo como el del boxeo, tan constantemente salpicado de escándalos. El sostenimiento de la figura «Muhammad Ali» dependía en gran parte de no defraudarse a sí mismo. Es posible que todas aque-

llas exhibiciones de ego provinieran en buena medida del miedo a defraudar, y sobre todo del miedo a defraudarse; Ali repite que es el más grande tan recurrentemente como el ex fumador reciente asegura que ha dejado de fumar, para convertir en verdadero lo que pronuncia, y para obligarse ante los otros a llevar a término aquello que ha decidido hacer de sí mismo: «Es la repetición de una afirmación lo que convierte algo en una creencia. Tras convertirse en una creencia se convierte luego en una profunda convicción, y es entonces cuando las cosas empiezan a ocurrir», llegó a decir en una ocasión, pero la verdadera raíz, el centro oscuro que lleva a Ali a pelear, aquello que tiene que ver radicalmente consigo mismo y no con ninguna reivindicación racial, sigue permaneciendo misteriosamente intacto y oculto.

Por otra parte, Ali tampoco responde a los parámetros propios de un púgil negro, a los de los Liston, Foreman o Patterson, o más tarde a los Tyson, ese tipo de boxeadores a los que Faulkner describe en *Absalón, Absalón*: «En el establo una oquedad cuadrada hecha de rostros a la luz de una linterna, las caras blancas en tres lados, las caras negras en el cuarto, y en el centro dos de los negros salvajes [de Stupen] peleando, desnudos, no pelean-

do como pelean los blancos, con reglas y armas, sino como solo los negros pelean, para herirse rápido y mucho el uno al otro». El propio Frazier, en unas declaraciones previas al «Combate del siglo», afirmaba elocuentemente: «Yo no quiero noquear a Ali. Quiero golpearlo, alejarme y observar cómo le duele. Yo quiero su corazón». En el sentido más profundo de la palabra, los boxeadores deben estar enfadados. Y es que el boxeo, fundamentalmente, tiene que ver con la rabia. Lo que no tiene que ver con la rabia, ni con el boxeo, es la tiranía a la que se veían enfrentados esos boxeadores negros, en virtud de la cual no solo tenían que ser negros, sino además parecerlo. Myrdal resume esta ironía de la situación en una fórmula acertada: «La tiranía del que espera». Lo que el hombre blanco espera ver, la imagen que se forma por anticipado, es el tirano que fuerza la personalidad del paria a ser lo que es «realmente». La verdad sobre el boxeador negro —y de esto se da perfecta cuenta Ali, como ya hemos visto— es que se le pide que «haga de negro». Esta verdad ha sido tan públicamente expuesta en tantas ocasiones que se ha llegado a convertir en un clásico del humor popular. Lo mismo ocurre en la otra gran invención negra: el jazz oscila constantemente entre

ambos extremos, reacción verdadera y reacción fingida. Resulta interesante la negativa rotunda de Ali a convertirse en un púgil negro más, en un saco de carne que da y recibe golpes, y no solo por cuestiones políticas —para evitar hacer de él lo que de él se espera—, sino en un sentido casi global: Ali *baila*. Según Pacheco, aquella era la frase que repetía maniáticamente cuando estaba encerrado en el vestuario, antes de salir a la lona en la que se iba a celebrar el «Combate del siglo»:

—Vamos a bailar, a bailar, a bailar...

Y luego, preguntándoles una y otra vez «¿Qué vamos a hacer?», les obligaba a repetir a todos:

—Vamos a bailar, a bailar, a bailar...

Ali es, en el fondo, como una encarnación del *be-bop*: cuando parece que es serio, tiene un gesto bufonesco, imprevisible; puede que haya nacido originariamente de una revuelta contra la circunstancia social, pero en ocasiones se ve obligado a disfrazarse en la sátira. Luego, cuando uno menos lo espera, se desmarca con toda su seriedad en un brutal puñetazo fantasma: «América, yo soy la parte que no reconoces. América, vete acostumbrando a mí. Negro seguro de sí mismo, orgulloso. Mi nombre, no el tuyo; mi religión, no la tuya. Vete acostumbrando a mí».

«Para entender el boxeo verazmente —comenta Joyce Carol Oates— hay que evitar la tentación de exponerlo en términos literarios, o como metáfora o de la vida. Es cierto que la vida es como el boxeo en muchos e incómodos sentidos que ni siquiera es necesario exponer, pero es más acertado decir que en realidad el boxeo solo se parece al boxeo. En primer lugar, en su relación con el dolor físico. Resultaría insoportable, profundamente vergonzoso, contemplar una conducta “normal” en el *ring*, pues los seres normales comparten con todas las criaturas vivientes el instinto de perseverar, como decía Spinoza, en el propio ser. El boxeador ha de aprender de algún modo, mediante algún esfuerzo de la voluntad que los no-boxeadores seguramente no podrían intuir, a inhibir su propio instinto de supervivencia; debe aprender a ejercer su *voluntad* sobre los impulsos meramente humanos y animales, no solo a eludir el dolor sino también a eludir lo desconocido. La cordura puesta al revés, la locura como una forma más elevada y pragmática de la cordura». En realidad lo que conmueve del boxeo, más que su irracionalidad, es precisamente su racionalidad, su determinación, su impulso; no hay nada fundamentalmente lúdico en ello, nada que parezca pertenecer a la luz del

día, o al placer. No asusta tanto pensar que es monstruoso, como que es humano, y profundamente humano. En sus momentos de mayor intensidad es capaz de aglutinar una imagen tan poderosa de la vida que subyuga más por su ambigüedad que por su esquematismo. Ayuda a ello la total convicción de que hay algo que se está produciendo: el dolor físico de los púgiles, un dolor que muchas veces es difícil de calibrar y que con frecuencia los propios boxeadores no consiguen explicar tampoco. Aunque, como en todo, hay excepciones. He aquí una excelente descripción de Basilio, en un combate contra La Motta (aquel boxeador en el que se inspiró Scorsese para dirigir *Toro salvaje*, la que probablemente, junto a *Fat City, ciudad dorada* de Huston, sea la mayor joya del cine sobre boxeo): «La gente no se da cuenta de cómo te afecta un golpe de KO cuando te pegan en la barbilla. Todo pasa en los nervios. En aquel combate yo recibí un golpe en la barbilla. Fue un gancho de izquierda que me pegó en la punta derecha del mentón. Lo que sucede es que te desencaja la mandíbula por el lado derecho y la empuja hacia el izquierdo, y el nervio que hay allí me paralizó todo el lado izquierdo del cuerpo, sobre todo las piernas. Se me dobló la rodilla izquierda y casi me ven-

go abajo, pero cuando volví a mi rincón, en la planta del pie sentía como si tuviera agujas de quince metros de largo, y lo que hice fue dar pisotones en el suelo, tratando de despertarlo. Cuando sonó la campana ya estaba bien». El dolor físico es al boxeo lo que el sexo a la pornografía, cuanto más cerca está y cuanto más frontal es su presencia, más se nos escapa su percepción. Su presencia funciona como los signos elípticos de los que hablaba Baudrillard, se exponen de forma brutal precisamente para ocultarse, y cuanto más cerca están, menos los vemos; de su presencia solo nos queda su abismo.

Cabría decir que el boxeo es más que eso, de acuerdo, pero no mucho más. Desde luego hay algo que no es; el boxeo no es símbolo de nada, lo que lo hace inmensamente más interesante. Como ya dijo una vez la escritora católica Flannery O'Connor: «Si la sagrada forma fuera solo un símbolo, yo diría: al diablo con ella». El boxeo es también celebridad, y más en ese siglo en el que peleó Ali, probablemente el siglo más hambriento y necesitado de celebridades y de mitos de cuantos haya podido haber en la historia del hombre. Ali es, por derecho propio también, un mito, un «monstruo sagrado» (como lo llamó Cocteau en un momento

de genial lucidez), el monstruo sagrado presentado a nosotros, a nuestras vidas de sesiones de tarde y trabajo y mediocridad. ¿Cómo no vamos a exaltarnos al verlo actuar, estallar? No sospechábamos que también hubiese vidas como la suya, y en realidad hace algo más que simbolizar un cambio social, es más que una encarnación. En nosotros todo se desliza, en los mitos todo es grande. Ni siquiera son humanos. Con Ali, como con todos los mitos, ocurre lo mismo que ocurre cuando uno mira fijamente a un animal: se tiene la sensación de que hay allí un hombre escondido, y que se ríe de nosotros.